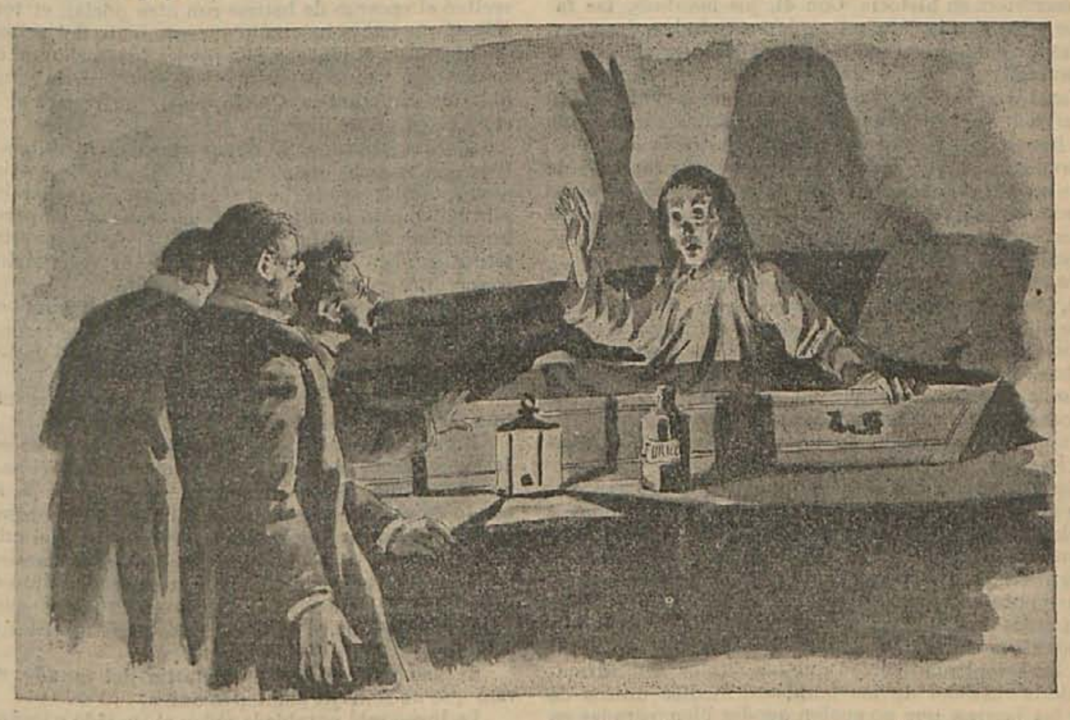


1.° de Abril de 1908. Año V. N.° 103.

Redacción y Administración: Plaza de San Ildefonso, 1. Apartado en Correos n.° 336.

¿Pueden resucitar los muertos?



Sorprender los secretos de la vida ha sido el afán de todos los sabios.

Todo se ha intentado. La formación de la célula vital, del elemento orgánico con vida, del ser inclusive, del hombre en su manifestación más simple, ha sido objeto de una y mil experiencias realizadas por los hombres de ciencia.

Decir esto equivale á asegurar que el hombre podía artificialmente formar las células vivientes, dar vida, hacer nacer seres. Aun cuando los pretendidos ó reales seres, nacidos al soplo de la ciencia, no eran formas humanas, siempre era conseguir mucho hacer surgir la vida de la acción de unas substancias sobre otras.

Como en muchas otras cosas ocurre, la ciencia ha callado aquellos progresos que bosquejó un día. Esto en forma alguna nos dice que fuera falso cuanto se preconizó. Nada nos sorprendería que un día las inteligencias privilegiadas volvieran á decirnos que aquellas experiencias habían tenido su confirmación con otras en mayor escala, que aquella célula viviente se había convertido en un ser más perfecto, ó mejor diciendo, más complejo, que quizás, quizás, llegara su organismo á semejarse á los más complicados en el orden de la Naturaleza, á los vertebrados, al propio hombre.

Esta fué una de las fases del camino seguido en el deseo de sorprender los misterios de la Naturaleza.

La soberbia humana, ó el poder, si fueran concluyentes las experiencias que luego relataremos, queriendo llegar al mismo fin, ha seguido también el camino opuesto.

Si trató de crear vida, también se propuso que no cesara la ya creada.

Todos los intentos han quedado en el misterio.

Este recientísimo se ha hecho público por las circunstancias especiales que han concurrido, y por lo concluyentes de los resultados.

Oigamos el relato que hace M. Larmendie.

Tres médicos, verdaderos sabios, y esclavos de su ciencia, se unieron para de consuno sorprender si podían los secretos de la vida.

Una de las muchas experiencias que en secreto llevaban realizadas fué la siguiente.

Sacaron del féretro el cadáver de una mujer joven, que hacía mucho tiempo que había sido enterrada.

Siguiendo su plan, sumergieron el cuerpo en un baño de agua tibia adicionada con ácido sulfúrico. Inmediatamente electrizaron intensamente el baño y fué sometido el cadáver á sucesivos pases magnéticos.

Al poco, ante los propios operadores, ante los ojos de aquellos tres sabios coaligados contra la muerte, ocurrió algo insólito. El cuerpo de la joven desenterrada empezó á tomar

© Biblioteca Nacional de España

calor, la *vida* afluía á las venas, comenzó á colorearse con tenue color rosado.

Momentos después, el pecho se dilató levemente, el aire llenó los pulmones á favor de las primeras inspiraciones, apenas perceptibles en un principio, que después se hicieron más ostensibles. Respiró francamente.

Los médicos estaban aterrados, luchando entre la fe que les comunicaba su ciencia, y la superstición de que del todo no se ve desposeído el hombre, aunque sea un sabio

Abrió los ojos; los médicos se sobrecogieron, arrepentidos y gozosos de su experiencia.

Habló la joven, y aquí llegó al colmo la impresión causada á los sabios.

En su honor, hay que decir que se sobrepusieron á todo, y, fiados en su valor, continuaron, como se verá, hasta el fin la científica experiencia.

La resucitada refería con exaltación creciente las impresiones de ultratumba. Con tal nerviosidad se expresaba la joven vuelta á la vida, que los médicos se creyeron en el deber de tranquilizarla, y como si se tratara de una paciente normal, de un *caso* frecuente, la administraron inyecciones de morfina.

El sistema nervioso obedeció al pronto, se calmó la exaltación, después se durmió.

Del sueño no han podido sacarla los sabios.

Esta vez la muerte parece ser segura.

Esta experiencia ha sido ocultada por mucho tiempo, temerosos sus autores de haber contravenido los códigos, las costumbres y las creencias. Al fin se han hecho públicas.

¡Oh, el honor!

¿Quién podrá definir bien este sentimiento?

Sin él, la humanidad no hubiera valido la pena de que escribiera su historia. Con él, los hombres, las familias y los pueblos se contemplan satisfechos de su ser; del honor sólo prescinde la escoria despreciable de la humanidad.

Tan bella cualidad vale tanto como la vida, y sin embargo de ser innata en todas las escalas sociales, no es el honor sino una idea demasiado abstracta.

Pruébalo el que cada vez que un caso concreto de honor se pone á discusión, hay tantas formas de apreciarle como individuos; todos creen poseer la verdadera definición, si de definir se trata; la solución del caso, si de resolver se entiende.

De entre las formas varias del honor, las más debatidas, las que mientras los unos las ponen en el primer rango de todas ellas, otros les asignan el último, y otros, muchos, les niegan un puesto, son las que por *precisión requieren resolverse en el campo del honor*.

No hay pueblo culto que no las rechace, y que sus códigos no las condenen con las más severas penas.

No hay, tampoco, donde no se toleren, y donde no *estén bien vistas*.

Aquí del problema: los hombres á quienes esa clase de honor obliga, se ven, de una parte, compelidos á no rehusar las que se les presenten, á aceptar los retos, á plantear otros, en los que siempre corre riesgo la vida de alguien; de otra parte, los códigos les castigan severísimamente, si inician, aceptan ó asisten como testigos de un lance de honor ¿En qué quedamos? Fuera convencionalismos.

Si las sociedades deciden que los duelos son afirmación de la virilidad de los hombres, medios únicos de lavar las honras, que no suelen quedar bien paradas en las salas de los Tribunales de justicia, entonces no deben tolerar que sus legisladores prohiban y castiguen á los duelistas, y hasta entendemos que debiera reglamentarse, haciendo que los códigos escritos sobre esta materia adquirieran fuerza legal, por así decirlo.

¿Las mismas sociedades entienden lo contrario? Pues entonces deben ser inexorables con los culpables, no ridiculizar á los que no acepten ó rehuyan los lances mismos que la ley catiga.

Como siempre ocurre, los que peor parados salen de estas acomodaticias maneras de entender las cosas, son los que visten uniforme, sea en la nación que fuere.

El oficial que tenga la desgracia de verse en un caso de éstos, de un lado, deberes de uniforme, de arma, de cuerpo, etc., quizás y aun más que quizás, le mandan adoptar la determinación que se tiene por tan gallarda.

Si del lance ocurre muerte, y las circunstancias, siempre las pícaras circunstancias, son tales, ya por la jerarquía de los duelistas, ya por las ocasiones, ó poblaciones, etc , etc., se verá perseguido por los Tribunales de justicia, y aunque se eluda su acción, no siempre se evita las molestias, gastos, tal vez un traslado; y no siempre para poner las cosas en su lugar, la verdad ha de quedar bien parada, lo que, por otra parte, no acertamos á enlazar muy bien con la idea del honor en su concepto más puro.

Véase si tenemos ó no razón, y sirva el siguiente caso, ocurrido en Austria, como botón de muestra. El teniente Sldorowicz fué llamado un día por su coronel, y fuese por designación, fuese por suerte, es lo cierto que recibió el encargo de batirse con otro oficial, el teniente Klass, que había insultado al regimiento del primero

Efectuóse el lance, y Sldorowicz fué herido en el brazo derecho, y ante la presencia de síntomas de gangrena, hubo de amputárselo. Quedó, pues, inútil para el servicio y fuera de las filas.

¡Bonita situación! El honor colectivo le obligó á batirse, en un país que, como aquí, la ley lo castiga La ofensa estaba lavada, pero el teniente, que fué quien tan alta reparación consiguió á costa de su cuerpo, perdió un brazo y la carrera. La miseria llamó á las puertas del teniente ¿Qué es esto? ¿Justicia, honor, convencionalismos ó qué?

El desventurado teniente reclamó una corta pensión para poder vivir. ¿Qué menos había de exigir un hombre de honor, y qué menos la sociedad podía darle? ¿Sí? Pues se le negó.

En todas partes hay hombres de sentido práctico, y uno de éstos aconsejó al teniente.

En su consecuencia, Sldorowicz apoyándose en que la ley en Austria condena el duelo, y en que él se batió por disciplina, por obediencia y ante el temor de ser tachado de cobarde y expulsado del Ejército (porque esto es saladísimo), reclama ante los Tribunales, del ministro de la Guerra, no sólo una pensión vitalicia de 4.500 francos, sino también 50.000 francos en concepto de daños, y 12.500 como indemnización por gastos que hizo para su cura (que ni á esto atienden los que del honor se pagan).

El caso es nuevo en la historia del mundo, siendo raro que no se haya planteado antes.

La lucha está entablada entre el sentido común, apoyado por la ley, y la costumbre, ayudada por los convencionalismos. Hay gran expectación por saber el resultado.

Salvajada de un borracho.

En un ferrocarril de circunvalación de París iban dos muchachos: uno de ellos, cieguecito, jugaba con un violín.

Entró en el mismo departamento un borracho, llamado Ch. Tauchon, quien pretendió que el ciego le entretuviera tocando el instrumento.

El niño no hizo caso, por cuyo solo motivo el borracho le dió una tremenda bofetada.

A las voces y llanto del muchacho se exasperó más aquel energúmeno y cogiéndole por los hombros, le tiró por la ventanilla.

Por feliz casualidad, el tren entonces paraba en una de las estaciones del tránsito.

El niño no sufrió lesión de importancia, y la Policía se dispuso á detener al feroz agresor del pequeñuelo.

No le pareció bastante con lo hecho, sino que se defendió á tiros de revólver contra el agente, quien logró prenderle.

© Biblioteca Nacional de España

Buscad al portero.

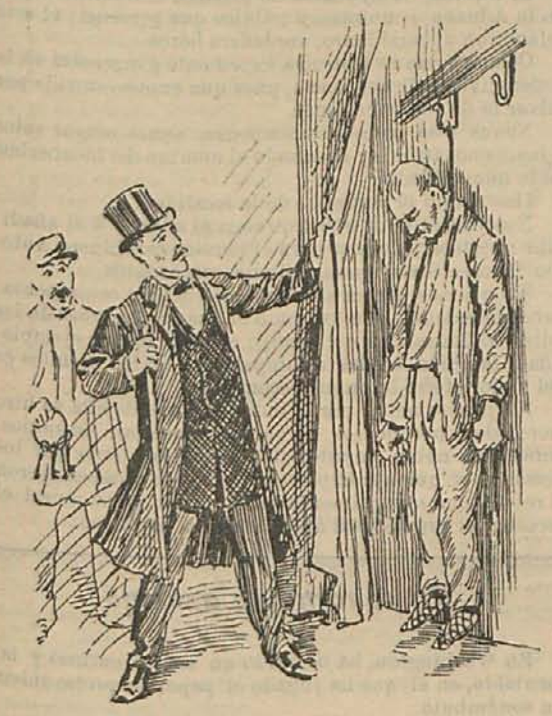
La racha de suicidios que en Madrid se ha notado entre los porteros, se conoce que no se ha limitado á la coronada villa.

La *Luna porteril* ha lucido con tétrica luz en otras naciones.

En París vivía hacía mucho tiempo Julio Doubleau, de sesenta años de edad, y conserje ó portero de una casa de la avenida del Maine.

Desde que su esposa falleció, la cabeza del pobre anciano se trastornó.

Lo que en un principio se pudo disculpar y tolerar por el



dueño de la finca y de los inquilinos, atribuyéndolo al dolor del viudo, llegó tiempo que no se pudo sufrir por nadie. Las extravagancias se habían convertido en locuras.

Lo que tenía que llegar, ello fué, y recibió orden de abandonar su portería, la que tantos años había desempeñado.

Aquella mañana Doubleau debía desalojar su casa.

Los moradores se encontraron con la puerta cerrada interiormente, y pegado á ella un cartel, en que se leía el siguiente escrito:

BUSCAD AL CONSERJE

Se avisó al comisario del distrito, quien acompañado de un cerrajero, se personó en seguida y procedió á un minucioso registro.

El portero no parecía ni vivo ni muerto.

Ya se iba á tomar á broma, el comisario se disponía á abandonar la casa en la seguridad de que el registro había sido perfecto y de que el portero había sido un *guasón*, cuando se vió un armario empotrado en la pared, perfectamente disimulado.

Abierto en seguida por orden del comisario, se vió con terror que allí se encontraba el desgraciado loco.

Su cadáver pendía de un portamantas, que había empleado para ahorcarse.

Los perros policías se imponen y no hay más remedio que hablar de ellos. Recientes hechos, ocurridos en Madrid, demuestran que hasta aquí llegan sus benéficos hechos; pero á ese propósito hay que recordar que no es esto ninguna novedad. Un periódico que se publicaba en París en 1870, relata la caza de innumerables vagabundos, hecha con ayuda de perros amaestrados, por la brigada de seguridad de aquella población.

El anarquismo.

Esta llaga de la sociedad es enfermedad ya endémica. Lo que un día pudo corregirse parece llevar trazas de no poderse corregir hoy.

Los terroristas de Barcelona llevan sus hazañas y sus burlas á un punto inconcebible de audacia.

La visita régia hecha á la ciudad de los condes ha sido seguida de crímenes terroristas, y todo hace supo ner que ha sido una verdadera suerte que no los hayan simultaneado los autores con la estancia del monarca en la capital catalana.

El proceso Rull está á punto de fallarse, y espéranse graves declaraciones, que tal vez pongan sobre la pista de los verdaderos autores de tanta felonía.

Felonía decimos, porque si el crimen es siempre repugnante, cuando va dirigido *á cualquiera*, cuando ya no se atenta contra el jefe del Estado, contra el jefe del Gobierno, contra un determinado ministro, gobernador ú otra Autoridad ó entidad que, con razón ó sin ella, se haya hecho odioso á los que comulgan en tan disparatadas ideas, entonces es repulsivo en alto grado.

Las últimas bombas explotadas ocasionaron víctimas en pobres vendedoras de un mercado. ¿Entenderán tal vez los terroristas que los males de la humanidad tienen por origen los abusos de esas pobres gentes?

¡Cuánta maldad! ¡Cuánta cobardía!

Un detenido puede ser la clave de mucho que ha pasado; ese químico tenido por loco, ese médico sin visitas, que voluntariamente se apartó de ellas para dedicar sus actividades y su capital á las combinaciones químicas, que de entre ellas da preferencia á las fórmulas que producen explosivos, que por añadidura es separatista y enemigo de la patria española, ha andado suelto.

No prejuzgamos; pero si es loco, como se asegura, convengamos en que ha sido un loco lo suficientemente cuerdo para no ser descubierto por la Policía; un loco lo suficiente cuerdo para despistar á Barcelona entera, que teniendo cuádruple domicilio, supo por muchísimo tiempo representar al vivo una personalidad diferente en cada uno, todos los que tuvo convertidos en laboratorios químicos, en talleres de fabricación de vigorosos y perfeccionados explosivos, que Dios sabe para qué le habrán servido á un hombre que fía más para el mejoramiento de la especie humana en la acción de la dinamita que en la convicción de las ideas.

¿No es verdad que este loco, como decimos, parece más cuerdo que muchos que se tienen por cabales?

Nota simpática, nota heroica, por fortuna, también ha habido en los tristes sucesos de Barcelona.

Una de las bombas que los terroristas colocaron en la carrera que había de seguir S. M. fué situada en el muelle del puerto, dentro de un tubo de conducción de aguas.

La infernal máquina fué descubierta, y á su alrededor se formó un círculo de muchos metros de radio, constituído por los curiosos.

Todos clamaban, todos temían los efectos de la explosión; fué dado aviso al carro blindado, pero nadie se determinaba á colocar en el carro el terrible artefacto.

Rompiendo filas entre la multitud aterrada, saltó el soldado, el militar, el de siempre, el dispuesto á no economizar peligro para salvar la vida de sus conciudadanos.

Esta figura, ya legendaria, estuvo encarnada en el teniente de Carabineros Sr. Chesa.

Este bravo oficial, con valor y sangre fría admirables, cogió del suelo la bomba, y con pulso seguro la colocó en el carro, cerrando inmediatamente.

Momentos después, la detonación que se oyó y los destrozos causados en el carro blindado. demostraron al pueblo barcelonés del riesgo de que les había librado el valor sereno del teniente de Carabineros Sr. Chesa.

Cincuenta y cuatro personas, han sido lynchadas, en 1907, en los Estados Unidos; á saber; cincuenta negros, tres negras y cuatro blancos.

© Biblioteca Nacional de España

¿Es conveniente ser rico?

Ya que el dinero suele ser la causa, única muchas veces é inicial otras, para que el hombre atropelle á sus semejantes, robe, mate, estafe, etc., etc., y puesto que también carecer de él suele ocasionar el suicidio, resulta evidente que el dorado metal ejerce una acción decisiva en la psicología humana.

¿Los hombres ricos están exentos de tales arrechuchos?

Creyérase que sí; pero oigamos las manifestaciones de un poderoso de la tierra y de los mejor equilibrados en su mentalidad: el jefe de los Rothschild en París.

«Los ricos—dice—son felices en la opinión de los demás; pero si la felicidad es una serie de placeres, hay que confesar que distan mucho de serlo. Sufren los mismos desengaños que los demás mortales y, en cambio, los éxitos no tienen para ellos el mismo encanto. El aumento de su fortuna les vuelve fríos, pues saben demasiado bien que en ella se basa su felicidad. La posesión de preciosos objetos de arte, que todos los aficionados les envidian, sólo hace felices á quienes se los venden.

Hay una alegría, sobre todo, que rara vez experimenta el rico: es la alegría del éxito que corona la obra, la del propósito realizado después de muchos años de esfuerzo. Los ricos no sienten lo que hace más querida la vida, que son sus pruebas y sus dificultades. Su vida carece de incidentes, es una vida melancólica y sin energías.»

Después de escuchado esto, sentimos nuestro ánimo movido á compasión por los desgraciados millonarios, y le pedimos á Dios... que nos toque el premio gordo.

Salirse por peteneras

De lo más chusco resulta un robo frustrado que ha poco tuvo lugar en París.

El ladrón debe ser un *fresco*.

Valido de sus artes, logró introducirse en un almacén de calzado; claro está que ya en el teatro de sus operaciones se disponía á cobrarse á buen precio el trabajo y la habilidad que para él representaba el haberse introducido en el almacén sin ser visto.

Después de todo, él no iba á trabajar de balde.

No estaba el caco en vena, porque apenas había empezado *su trabajo* cuando fué sorprendido.

El *frescales* lo tomó á broma, y para que vieran que le había hecho mucha gracia, se fingió loco, empezó á desnudarse y casi terminó de hacerlo; con tal priesa se despojaba de sus prendas. Saltaba, bailaba, gesticulaba con aparente espontaneidad, dando á todas sus acciones el aspecto de locura. Tal astucia no le sirvió, porque á quienes le sorprendieron no les dió por creer en su demencia, y deteniéndole, dieron con sus huesos precisamente en la cárcel.

Ya que al ser descubierto no pudo ir á la calle saliéndose por puerta ó ventana, se quiso salir por peteneras; pero el espectáculo no fué del agrado del público, y el aventajado artista salió mal parado.

Carabinero heroico.

El Pueblo, periódico de Pesnés (Asturias), da cuenta de un acto de heroismo realizado en aquellas costas por varios carabineros.

Renunciamos á hacer nosotros la descripción, aun que tenemos noticias directas, para copiar íntegro el relato que hace la prensa local.

«No puede darse mayor que el del salvamento realizado por el carabinero Antonio Sánchez Díaz, del puesto de Ribadesella, de servicio en la costa en la tarde del 9 del actual. A las seis y veinte de la misma, embarrancó en la playa de Santa Marina, al entrar en aquel puerto, el pailebot *Francisco*, de la matrícula de la Coruña, cargado de carbón y tripulado por el patrón Francisco Causillas y sus cuatro hijos, marineros, vecinos de Puente Caso, en esa provincia.

Acudió seguidamente al punto el carabinero expresado, y sin temor al grave riesgo por el estado imponente del mar, se arroja al agua, lucha bravamente con las olas, llega al barco, se provee de un barril vacío y un cabo, se arroja de nuevo al agua y con valor y esfuerzo extraordinarios logra, con auxilio de los carabineros Vicente García González y Eulogio Indezo González, hacer fuerte el cabo, por el que pasaron los desdichados náufragos.

El alcalde, el ayudante de Marina, el administrador de la Aduana y numeroso público que presenció el acto aclamaron al carabinero, verdadero héroe.

Creemos que se instruirá expediente é ingresará en la Orden civil de Beneficencia, pues que expuso su vida por salvar la de sus semejantes.

Nunca más justa la recompensa, nunca mayor valor y heroísmo. Debe ser ensalzado el nombre del bienhechor de la humanidad.»

Hasta aquí el periódico de la localidad.

Nosotros unimos nuestro ruego al suyo, y á él añadimos nuestros plácemes para el heroico carabinero Antonio Sánchez Díaz y sus auxiliares compañeros.

No creemos que se queden sin la debida recompensa; pero entendemos que así como en las correcciones de las faltas lo inmediato del castigo es lo de mayor ejemplaridad, también en las recompensas y en los premios es del mejor efecto la pronta recompensa.

No precisamente por el individuo que de ella se hizo merecedor, porque los héroes no necesitan estímulos, obran por noble impulso de su corazón, sino por los demás, por quienes la presenciaron, por quienes oyeron el relato, que naturalmente ha de influir en su moral el escuchar el premio casi á la par que el heroísmo.

Un sonámbulo asesino.

En Washington, ha ocurrido un suceso curioso y lamentable, en el que ha jugado el papel de protagonista un sonámbulo.

Un empleado llamado Hellis estaba casado y tenía un solo hijo.

Por consecuencia de varios robos de que había sido objeto, de intento él se compró un revólver.

Dormía tranquilamente la otra noche, cuando su mujer, que oyó llorar al niño, se levantó á atenderle.

El sonámbulo se despertó, y, como la cosa más natural del mundo, disparó su revólver contra la mujer, á quien mató en el acto.

Hellis se volvió del otro lado y continuó roncando.

Cuando le enteraron del crimen que había realizado, su desesperación no tuvo límites, y hubo que contenerle para evitar que se suicidara.

El automóvil de la muerte.

Un *chauffeur*, yendo desde Lille á Roubaix en completo estado de embriaguez, llevaba su auto á una velocidad exageradísima, tanto como le permitía la fuerza de su motor.

Por nada ni por nadie moderaba su marcha, ni desviaba el carruaje; al contrario, se complacía en embestir lo que tropezase por delante. Sólo se libraban de él los que sabían esquivarle.

Cerca de Brenchy arrolló á dos transeuntes, á quienes hirió de gravedad.

Poco más lejos embistió contra un automóvil que iba en dirección contraria.

El choque fué tremendo y horrible: los dos carruajes quedaron hechos astillas y los dos *chauffeurs* lanzados á muchos metros; sufrieron heridas...; pero no sabemos qué tiene el vino, de aquí y de París, que siempre libra á los borrachos de catástrofes en las que, *sin probarlo*, hubieran perecido en el acto.

© Biblioteca Nacional de España

Un drama en Marsella

Una de las escenas conyugales que, para desgracia de las familias, se desarrollan con frecuencia en los hogares, ha terminado en Marsella en una espantosa tragedia.

Un sujeto, llamado Barbieri, brutalmente pegaba á su mujer un día sí, otro no, y el de enmedio. La mujer, que era bonita y joven, sufría como podía las brutalidades del marido.

Hace pocos días el maltrato fué horroroso, y la paliza mayúscula, terminando el marido por poner á su cónyuge de patitas en la calle, como suele decirse vulgarmente.

La pobre mujer buscó refugio en casa de su madre, donde no era la primera vez que acudía en busca de análogo amparo.

No satisfecho Barbieri, á los pocos días fué á buscarla.

Penetró en casa de su suegra con ánimo de expulsar también de allí á su esposa.



A la débil defensa que de ella intentaron hacer sus parientes, contestó el brutal Barbieri descargando sobre ellos alevosamente los seis tiros de su revólver.

Las consecuencias de argumentación tan convincente fueron por demás funestas.

La mujer y la suegra resultaron gravemente heridas. Un tío de la joven murió en el acto.

A tales extremos condujo la barbarie y estupidez de esta bestia encolerizada.

Un inocente condenado.

Los errores judiciales aparecen al descubierto muy de tarde en tarde. ¿Pero quiere decir esto que no sean frecuentes?

Pensar afirmativamente nos hace temblar las carnes.

El no haber *medio legal* de prueba, la negación de las *revisiones*, los prejuicios, los indicios, la primera impresión del juez, difícil de abandonar para seguir otra, todo hace suponer que la justicia humana, como humana al fin, comete errores en número no despreciable.

En Francia está preocupada la opinión por una de estas *injusticias*, que la astucia de un pillo ha hecho que recayera en un inocente.

M. Berr, juez de instrucción, está siguiendo en París unas informaciones que han dado por resultado el esclarecer la inocencia de un jóven, condenado el año pasado á seis meses de prisión por el Tribunal del Sena, después de un proceso seguido por M Asset Veamos los hechos.

A fines del mes de enero último fué detenido un tal Alberto Rouéche por el delito de estafa.

Este arresto fué leído en la prensa parisiense por M. Eugenio Gamard, de veintisiete años de edad, quien se presentó al juez M. Berr, á quien manifestó que tenía el presentimiento de que su hermano Marcelo, de veintiún años de edad, había sin duda sido condenado por otro delito de estafa, que tenía la evidencia de que también había sido cometido por Rouéche.

Le refirió lo siguiente:

Su hermano Marcelo Gamard se encontraba el día 29 de mayo de 1907 sin trabajo, y en tan crítica circunstancia, se le presentó un desconocido que le abordó en la calle de Croix-des Petits Champs. El desconocido iba correctamente vestido y era de maneras finas. Le propuso tomarle á su servicio durante unos días á razón de cinco francos diarios; le dijo ser un provinciano que se encontraba de paso en París por unos días, que era los que le tendría á su servicio.

El hermano del que compareció ante el juez, ó sea Marcelo, aceptó sin vacilar y vió el cielo abierto. Juntos caminaban hacia la estación de Saint-Lazare, donde el provinciano decía que tenía que ir.

En el camino, el desconocido dijo á Marcelo que le aguardara un instante mientras él entraba en la oficina de la «Compagnie du Gaz», donde debía presentar al cobro una cuenta que enseñó. A los pocos momentos reapareció diciendo que no había podido cobrar la factura, por no haberse abierto aún las ventanillas del despacho.

Prosiguieron juntos su marcha interrumpida á la estación de Saint-Lazare. El tren que esperaban aún no había llegado.

El desconocido dijo á Marcelo·

—Aún hay tiempo de que vaya usted á la oficina en que usted me vió entrar y hacer efectivo el cobro, yo le aguardo aquí—y le dió la factura.

La factura entregada era de 736,60 francos, á nombre de M. Raoul Veneziani, impresor. Por casualidad, M. Veneziani se encontraba presente, quien contrastando la letra, hizo detener á Marcelo Gamard.

En vano éste clamaba por su inocencia; explicó el caso, propuso ir á la estación de Saint-Lazare, donde le estaría aguardando el otro, á quien podían prender. Nadie le hizo caso; fué en derechura á la cárcel. Ante el juez de instrucción M. Ausset, repitió Marcelo lo que creía su defensa, propuso la prueba de que contrastasen su letra con la de la factura, se creyó inútil. Fué condenado á seis meses de prisión.

Pensó en la apelación, á pesar de no tener recursos pecuniarios, y su mismo defensor le disuadió, diciéndole que el resultado de la apelación, si la entablaba, sería un año, en vez de los seis meses que le habían salido.

Forzosamente, el desgraciado Marcelo se resignó con su fatalidad y se dispuso á purgar su injusta condena. Fué enviado al 2.º batallón de Infantería ligera en Médéah, desde donde fué hace poco á Lalla Marnia.

M. Berr, juez sesudo y de conciencia, escuchó al hermano de la víctima, y discurriendo que, después de todo, la culpabilidad de Marcelo no había sido probada, y que bien podía ser el desconocido de referencia el propio estafador detenido ahora, ó sea Rouéche, se decidió á interrogar á éste. La gestión fué fructífera; el detenido confesó ser el autor de la otra estafa.

Por providencia de M. Berr ha sido llamado desde Africa Marcelo, y se está revisando su proceso para su total rehabilitación. Añadamos que Rouéche se confiesa también autor de otra estafa imputada á un «contable» de una casa de comercio llamado Bec.

Pero la inocencia de éste no está probada más que en este punto concreto de la estafa, porque tiene en contra de sí, suficientemente demostrados, abusos de confianza que justifican su condena.

Hoy este asunto preocupa á París entero; se lamenta el no haber accedido á las pruebas que proponía Marcelo.

Las apariencias son muchas veces engañosas. No hay que olvidar en materia tan delicada como es la libertad y la honra de un hombre, el antiguo proverbio: *más vale que se salven cien culpables, que perezca un inocente.*

© Biblioteca Nacional de España



XXXVI

El baile de candil.

A medida que se acercaban al palacio de la Garduña, Manofina se rehacía, las ventanas de sus narices se dilataban, y parecía husmear el aire, como un corcel árabe reconociendo la tienda de su dueño.

La misma serena participaba de aquel ligero estremecimiento que se experimenta á la vista de los sitios por mucho tiempo amados, y que se había creído no ver más.

La noche era serena, tibia y sombría; la luna había desde mucho tiempo desaparecido detrás del horizonte.

Era una noche deliciosa para los amantes ó conspiradores.

Al ir á pasar el primer recinto de las paredes que circuían el palacio, detuviéronse algunos minutos, admirados y hechizados del espectáculo que se les presentaba. Una gran masa de luz salía por la puerta entreabierta, é interiormente oíase el sonido de una guitarra, acompañada de una robusta voz de hombre y del retumbante sonar del pandero.

—¡Cuán agradables se presentan!—dijo la serena suspirando.

—¿Qué fiesta celebran? preguntó Manofina.

—Es tal vez el fin de un novenario—respondió Coco.

—Entremos—dijo la serena, cuyos lindos pies impacientes se movían por sí mismos al sonido de aquella música conocida

La serena era la mejor bailadora de fandango en Sevilla; y cantaba además la «caña» de un modo capaz de hacer delirar á un anacoreta.

Apresuraron el paso, y al atravesar por delante de un grupo de alelíes, entrevieron en la obscuridad tres hombres, cuyas facciones y vestidos no podían reconocer. Estaban detrás del bosquecillo, y hablaban en voz baja.

El guapo estaba muy distraído para hacer alto en ellos. Coco fingió no verlos, y la serena pensaba en el baile, porque ya columbraba las cabezas de los bailarines, cubiertas de cintas de diferentes colores, flotando á merced de sus pasos como gallardetes al viento, y siguiendo todas las ondulaciones que les imprimía alternativamente la pasión ó el capricho.

Aquello era verdaderamente una fiesta, el «baile de candil» más animado y alegre que se había visto desde mucho tiempo en Sevilla.

Con todo, á pesar de su impaciencia, cuando hubieron llegado cerca de la puerta, detuviéronse el guapo y la serena; un sentimiento más fuerte que su deseo, que era el pudor del orgullo, si así puede llamarse, los detuvo en el umbral de aquella morada que habían voluntariamente abandonado.

—¡Y bien! ¿qué esperáis? Andad—dijo el alguacil.

—Entra tú—dijo Manofina á su compañera.

—Entra tú, Coco—dijo á su vez la serena—; tú debes presentarnos.

—¡Oh! yo no haré tantas ceremonias—respondió el tabernero tomando la mano de la serena con una galantería enteramente andaluza—; entra, pues, conmigo, Cubebrina, ya que sola no te atreves... Y tú, Manofina—añadió—, síguenos, verás cómo seremos bien recibidos.

Al mismo tiempo, Coco acabó de abrir la puerta de par en par, y se adelantó con aire triunfante hasta en mitad de la asamblea. Manofina, alentado, les siguió á corta distancia.

—Buenas noches, caballeros—dijo el alguacil quitándose cortésmente el sombrero.

A esta inesperada aparición, levantóse un grito de sorpresa en la sala, y la asamblea, tan atenta en bailar poco antes, se entrechó curiosa y ávida para saber qué motivo traía allá al guapo y á su compañera.

Apenas habían puesto el pie en el palacio, cuando el ojo perspicaz de Mandamiento, que todo lo veía, los había reconocido. Estaba en un extremo de la sala, tranquilo, paternal, mirando con una gravedad llena de honradez las diversiones de «sus hijos»; pues cuanto más severo y despótico era el maestre para hacer ejecutar sus órdenes, otro tanto sabía con una calculada indulgencia y concesiones aparentes subyugar á los que dominaba sin que ellos lo comprendieran. Mandamiento hubiera sido un rey muy popular, si en aquella época el trono no hubiese sido una cosa sagrada, que sólo podía transmitirse por herencia y á la cual nadie pensaba atentar.

Marchaba la serena tímidamente, con los ojos bajos.

Una resplandeciente luz inundaba la sala; en cada columna había dos grandes antorchas de resina, cuya mecha inflamada arrojaba chispas rojas y enviaba al techo masas de llama y nubes de humo.

En el suelo y alrededor de las columnas, habían tendido una multitud de esteras de Valencia. Cada mujer tenía la suya que le servía de silla, y acurrucadas así, servía de apoyo á un hombre sentado en tierra como ella, y que fijaba los codos en sus rodillas, cual pudiera hacerlo en los brazos de una poltrona.

Componíase la asamblea de dos hileras de hombres y de mujeres, y presentaba un aspecto extraño y pintoresco.

Los sevillanos, morenos, esbeltos y ágiles, vestidos con su traje de día de fiesta, presentaban en sus fisonomías originales y variadas un conjunto de atractivo efecto.

El centro del círculo formado por las gentes sentadas estaba ocupado por los bailarines.

El lascivo fandango, poema de amor, lentamente desarrollado en una pantomima expresiva, era entonces, como hoy, el baile favorito de los andaluces y la más deliciosa diversión. ¡Qué debía ser ese baile entre los garduños, gente sin freno y sin sujeción, hombres ardientes y apasionados, raza del desierto aun demasiado cerca de su origen para que lo hubiesen olvidado!

Una loca embriaguez presidía á esa fiesta.

Los más graciosos chivatos de la sociedad se pavoneaban ostentando su elegante traje de majos, poniendo jactanciosamente la mano en la cadera, irguiendo la cabeza anunciándose á veinte pasos con el sonar de sus botones de plata, y caminando de manera que se viesen sus piernas flexibles y nerviosas.

Las jóvenes bailaban ó coqueteaban, agasajando con la voz, el gesto y el mirar á los majos más elegantes.

Las «coberteras» hablaban entre sí murmurando de las jóvenes y guiñando el ojo á los mancebos.

Con todo, como hemos dicho, la aparición de Manofina y de Culebrina había producido una sensación tal, que el baile se paró un momento y todas las cabezas se volvieron hacia aquel lado.

A fin de no turbar el baile, la serena dió la vuelta al círculo para ir al fondo de la sala; pero el maestre no le dió tiempo; fuéla á encontrar con tanta galantería como un hidalgo, y mirándola con graciosísima sonrisa, le dijo cortésmente:

—¿Qué santo del cielo te ha inspirado la feliz idea de visitarnos, hija mía? Bien venida seas. Y Manofina también—añadió tendiendo al guapo su ancha y callosa mano.

Manofina, algo confuso, dió con alguna repugnancia su mano al maestre; parecíale que esto era comprometerse con él, y no lo quería.

A esta buena acogida del maestre para los exgarduños sucedió un viva general de aprobación. Todos los garduños sin

© Biblioteca Nacional de España

excepción se agruparon alrededor de sus antiguos camaradas, dándoles numerosos abrazos y atronadoras aclamaciones.

Algunas serenas novicias miraron con celos á la bella y graciosa Culebrina, que no tenía rival en Sevilla.

Pero volviéndose luego una de ellas á la cobertera más antigua, le dijo con una risa de triunfo y de satisfacción:

—Mirad aquélla, que ni siquiera lleva moña nueva en la cabeza; su saya de lana es lacia como si no hubiera tenido otra desde que nació, y sus zapatillas de raso se le caen de los talones, como si quisieran escaparse.

—Desde que nos ha dejado, se ha vuelto tan amarilla como el arroz con azafrán—respondió la vieja—; y ha elegido mala ocasión para presentarse vestida de este modo en tan buena reunión. He aquí lo que tiene hacerse el orgulloso y abandonar la hermandad. Era mil veces más rozagante cuando hacía cocos á ese gordinflón del prior de los mercenarios, á quien Manofina pintó un jabeque en la cara.

—Cállate, vieja urraca—dijo Garabato que en aquel momento se encontraba cerca de la cobertera—; Culebrina siempre es la mejor muchacha de Sevilla; es más hermosa con andrajos que las demás con perlas y tafetanes.

De la opinión de Garabato participaban generalmente los hombres, y los que no lo decían, lo probaban bastante con sus gestos y miradas.

Por su parte, Mandamiento no procuraba disimular su alegría. Condujo á la serena á una estera desocupada al extremo de la sala, y después de haberla convidado á sentarse le dijo:

—Diviértete, hija mía, voy á hablar un poco con mi hermano Manofina—y al decir esto, tomó la mano del guapo, y haciendo señal á Coco de que los siguiera, los condujo á alguna distancia del círculo, en un rincón aislado.

Al estar allí solo con ellos, les dijo:

(Continuará.)

Sexo débil.

Vamos á presentar á nuestros lectores á una mujer que no es seguramente modelo de la timidez, moderación y delicadeza que acompañan al sexo femenino.

En el Norte de Francia, en Dunkerque, vivían maritalmente Arturo Moreel y María Deblanc, pareja digna uno de otro.

Los éxtasis amorosos de estas *buenas gentes*, lejos de terminar en idilio, solía hacerlo en sendos trancazos y en prisiones en la cárcel.

Hasta aquí nada de nuevo decimos; para *ver de esto*, no es preciso que nuestros lectores se trasladen á Dunkerque; aquí, en nuestra bendita tierra, y en otras menos famosas, se *registran* espectáculos de ésos á docenas, para edificación de la raza humana.

Pero lo que sí merece los honores de la curiosidad, y hasta hacer el viajecito, es presenciar, como en Dunkerque se hacía todos los días, el que de los dos *aporreantes* tórtolos, el más bruto era la hembra.

Dicha *señora* había sufrido condenas por malos tratos de *obra* á su hombre; los *tratos* de palabra no entraban en el *trato*, que de haber entrado, tenía para rato la *tímida* paloma para expansionarse á la *sombra* de la cárcel de la ciudad francesa.

La última bronca terminó por el socorrido procedimiento de matar al perro para que se acabe la rabia.

La *ideal* María propinó lindamente á su amoroso compañero seis *apasionadas* puñaladitas, que le condujeron al *otro barrio.*



No crean nuestros lectores que el difunto era un manso cordero, porque la *héroe* sacó de la contienda una quijada rota de una *cariñosa* patada que en la lucha le largó su contrincante.

Barniz para correajes

DE TODAS LAS ARMAS Y CUERPOS ESPECIALES DEL EJÉRCITO Y DE LA ARMADA É INSTITUTOS DE LA

GUARDIA CIVIL Y CARABINEROS

Especialmente fabricados para cada Cuerpo y reuniendo todos ellos las inmejorables condiciones de fácil y rápido empleo, perfecto brillo, economía en el coste y excelente conservación de las correas, no destiñéndose con la lluvia. *Se usa con pincel y se seca en dos minutos.* Sirva de prueba de lo que decimos

El extraordinario éxito alcanzado por el BARNIZ AMARILLO para correajes de la Guardia civil,

ensayado y admitido por los señores jefes del Cuerpo y que en todas lasucomandancias viene usándose á satisfacción de todos, así como el **BARNIZ NEGRO** aceptado por la *Dirección general del Cuerpo de Carabineros* y de constante uso también para cartucheras y guarniciones del *benemérito Instituto* y demás cuerpos delEjército que usan el correaje negro.



MARCA REGISTRADA
PARA TODOS LOS BARNICES

Precio del frasco de amarillo ó negro, con contenido para un año, 1,75 pesetas.

Expediciones á provincias, libres de porte y embalaje, desde 35 frascos en adelante, y en menor cantidad, porte de cuenta del comprador, siendo cuatro frascos el mínimum que se sirve.

Se cobra por cargo.

BARNIZ BLANCO para correajes de *Artillería, Ingenieros, Administración y Sanidad militar,* se usa con pincel y reune las mismas cualidades del amarillo y negro. Se remiten muestras del barniz blanco á los Cuerpos que las pidan.

ÚNICO DEPÓSITO Y FABRICANTE EN ESPAÑA

I. RODRIGO

90, Calle de Toledo, 90 (frente á la Fuentecilla). — **MADRID**

© Biblioteca Nacional de España

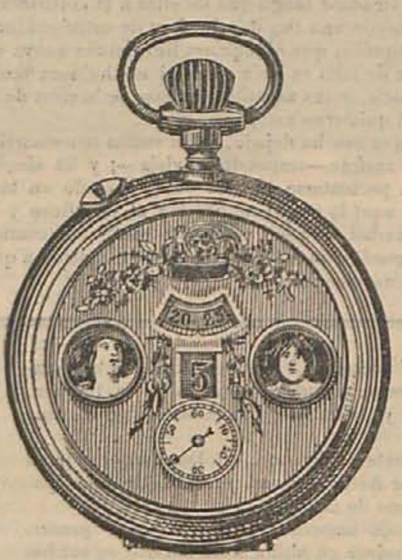
Gran Relojería de París.

LUIS THIERRY, Fuencarral, 59. — Madrid.

Con una fotografía, 33,50 ptas., en 5 ó 6 plazos.



En 5 ó 6 plazos, con dos fotografías, 35 ptas.



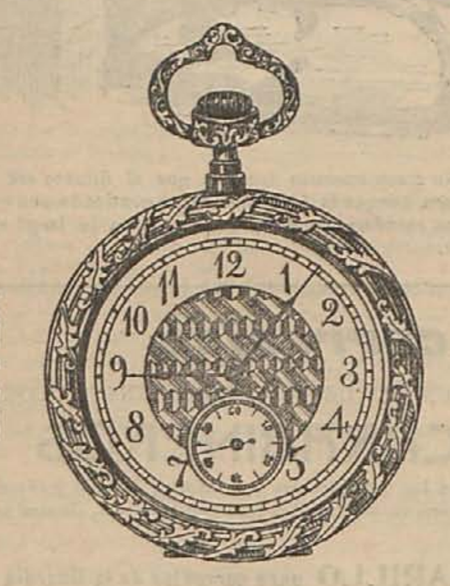
El maravilloso reloj automático.

La última novedad, sin manilla ninguna, marca las horas y minutos con claridad; máquina fuerte, de áncora precisión. Tiene una y dos aplicaciones fotográficas, con cerquillo-medallón, se puede abrir y poner la fotografía que se quiera guardar como recuerdo.

Caja de acero azulado, semiplano, un poco más que el canto de un duro; todas estas combinaciones, forman un conjunto artístico tal, que no hay reloj más bonito que este que presenta el conocido industrial L. Thierry.

Aparte de su belleza artística, es de máquina de precisión y seguridad.

Vista de la esfera.



Vista del dorso.



El Precioso.

El conocido industrial Sr. Thierry presenta hoy su nuevo reloj, que seguramente va á obtener en los anales del Arte de la Relojería el nuevo triunfo, por su precio increible en su baratura.

Dicho reloj es de forma plana, casi del canto de un duro, de metal simil-oro, con la tapa completamente esmaltada, con incrustaciones artísticas, también esmaltadas, corona de remontoir chapeada oro, asa Renacimiento, magnífica, esfera rica de metal dorada, y máquina fina garantizada.—Se hacen con distintos dibujos

Su precio es de 30 pesetas, pagaderas en 5 ó 6 plazos.

Advertencia.—Todos los relojes de la Casa van acompañados de su estuche con la marca LUIS THIERRY, quien los mandará certificados, con aumento de 1,50 los de caballero y una peseta los de señora. Va franco de porte y embalaje; los relojes de pared ó sobremesa, hasta la estación más próxima.—**No olvidar de indicar la estación, para evitar errores ó retraso en los pedidos. Los pedidos á L. Thierry, calle de Fuencarral, 59, Madrid. Apartado de Correos núm. 364.**

MADRID.—Imp. de R. Rojas, Campomanes, 8.—Teléfono 316

© Biblioteca Nacional de España